

El respeto cristiano a la persona y a su libertad

Esta homilía, fechada el 15 de marzo de 1961, se encuentra en *Es Cristo que pasa*, el último de los libros que san Josemaría publicó en vida, en 1973.

04/11/2023

Hemos leído, en la Santa Misa, un texto del Evangelio según San Juan: la escena de la curación milagrosa del ciego de nacimiento. Pienso que todos nos hemos conmovido una vez

más ante el poder y la misericordia de Dios, que no mira indiferente la desgracia humana. Pero quisiera ahora fijarme en otros rasgos: concretamente, para que veamos que, cuando hay amor de Dios, el cristiano tampoco se siente indiferente ante la suerte de los otros hombres, y sabe también tratar a todos con respeto; y que, cuando ese amor decae, existe el peligro de una invasión, fanática y despiadada, en la conciencia de los demás.

Al pasar —dice el Santo Evangelio— vio Jesús a un hombre ciego de nacimiento. Jesús que pasa. Con frecuencia me he maravillado ante esta forma sencilla de relatar la clemencia divina. Jesús pasa y se da cuenta en seguida del dolor. Considerad, en cambio, qué distintos eran entonces los pensamientos de los discípulos. *Le preguntan: Maestro, ¿qué pecados son la causa de que éste*

naciera ciego, los suyos o los de sus padres?.

Los falsos juicios

No debemos extrañarnos de que muchos, también gentes que se tienen por cristianas, se comporten de forma parecida: imaginan, antes que nada, el mal. Sin prueba alguna, lo presuponen; y no sólo lo piensan, sino que se atreven a expresarlo en un juicio aventurado, delante de la muchedumbre.

La conducta de los discípulos podría, benévolamente, ser calificada de desaprensiva. En aquella sociedad — como hoy: en esto, poco ha cambiado — había otros, los fariseos, que hacían de esa actitud una norma. Recordad de qué manera Jesucristo los denuncia: *vino Juan que no come ni bebe, y dicen: está poseído del demonio. Ha venido el Hijo del hombre, que come y bebe, y*

murmuran: he aquí un hombre voraz y bebedor, amigo de publicanos y de pecadores.

Ataques sistemáticos a la fama, denigración de la conducta intachable: esta crítica mordaz y punzante sufrió Jesucristo, y no es raro que algunos reserven el mismo sistema a los que, conscientes de sus lógicas y naturales miserias y errores personales, menudos e inevitables — añadiría— dada la humana debilidad, desean seguir al Maestro. Pero la comprobación de esas realidades no debe llevarnos a justificar tales pecados y delitos — habladurías se les llama, con sospechosa comprensión— contra el buen nombre de nadie. Jesús anuncia que si al padre de familia lo han apodado Belcebú, no es de esperar que se conduzcan mejor con los de su casa; pero aclara también que *quién llamare a su hermano fatuo, será reo del fuego del infierno.*

¿De dónde nace esta apreciación injusta con los demás? Parece como si algunos tuvieran continuamente puestas unas anteojeras, que les alteran la vista. No estiman, por principio, que sea posible la rectitud o, al menos, la lucha constante por portarse bien. Reciben todo, como reza el antiguo adagio filosófico, según el recipiente: en su previa deformación. Para ellos, hasta lo más recto, refleja —a pesar de todo— una postura torcida que, hipócritamente, adopta apariencia de bondad.

Cuando descubren claramente el bien, escribe San Gregorio, *escudriñan para examinar si hay además algún mal oculto.*

Es difícil hacer entender a esas personas, en las que la deformación se convierte casi en una segunda naturaleza, que es más humano y más verídico pensar bien de los prójimos. San Agustín recomienda el siguiente consejo: *procurad adquirir*

las virtudes que creéis que faltan en vuestros hermanos, y ya no veréis sus defectos, porque no los tendréis vosotros. Para algunos, este modo de proceder se identifica con la ingenuidad. Ellos son más realistas, más razonables.

Erigiendo en norma de juicio el prejuicio, ofenderán a cualquiera antes de oír razones. Luego, *objetivamente, bondadosamente*, quizá concederán al injuriado la posibilidad de defenderse: contra toda moral y derecho, porque, en lugar de cargar ellos con la prueba de la supuesta falta, *conceden* al inocente el *privilegio* de la demostración de su inocencia.

No sería sincero si no os confesara que las anteriores consideraciones son algo más que un rápido espigueo de tratados de derecho y de moral. Se fundamentan en una experiencia que han vivido no pocos en su propia

carne; lo mismo que otros muchos han sido, con frecuencia y durante largos años, la diana de ejercicios de tiro de murmuraciones, de difamación, de calumnia. La gracia de Dios y un natural nada rencoroso han hecho que todo eso no les haya dejado el menor rastro de amargura.

Mihi pro minimo est, ut a vobis iudicer, se me da muy poco el ser juzgado por vosotros, podrían decir con San Pablo. A veces, empleando palabras más corrientes, habrán añadido que todo les ha salido siempre *por una friolera*. Esa es la verdad.

Por otro lado, sin embargo, no puedo negar que a mí me causa tristeza el alma del que ataca injustamente la honradez ajena, porque el injusto agresor se hunde a sí mismo. Y sufro también por tantos que, ante las acusaciones arbitrarias y desaforadas, no saben dónde poner los ojos: están aterrados, no las creen

posibles, piensan si será todo una pesadilla.

Hace unos días leíamos en la Epístola de la Santa Misa el relato de Susana, aquella mujer casta, falsamente incriminada de deshonestidad por dos viejos corrompidos. *Rompió a llorar Susana y contestó a sus acusadores: por todas partes me siento en angustia; porque si hago lo que me proponéis, vendrá sobre mí la muerte; y si me niego, no escaparé de vuestras manos.* ¡Cuántas veces la insidia de los envidiosos o de los intrigantes coloca, a muchas criaturas limpias, en la misma situación! Se les ofrece esta alternativa: ofender al Señor o ver denigrada su honra. La única solución noble y digna es, al mismo tiempo, extremadamente dolorosa, y han de resolver: *prefiero caer inculpable en vuestras manos a pecar contra el Señor.*

Derecho a la intimidad

Volvamos a la escena de la curación del ciego. Jesucristo ha replicado a sus discípulos que aquella desgracia no es consecuencia del pecado, sino ocasión para que se manifieste el poder de Dios. Y, con maravillosa sencillez, decide que el ciego vea.

Comienza entonces, junto con la felicidad, el tormento de aquel hombre. No le dejarán en paz. Primero son los vecinos y *los que antes le habían visto pedir limosna*. El Evangelio no nos cuenta que se alegrasen, sino que no acertaban a creerlo, a pesar de que el ciego insistía en que ése, que antes no veía y ahora ve, es él mismo. En lugar de permitirle disfrutar serenamente de aquella gracia, lo llevan a los fariseos, que le preguntan de nuevo cómo ha sido. Y él responde, por segunda vez: *puso lodo sobre mis ojos, me lavé y veo*.

Y los fariseos quieren demostrar que lo que ha pasado, un bien y un gran milagro, no ha pasado. Algunos recurren a razonamientos mezquinos, hipócritas, muy poco ecuánimes: ha curado en sábado y, como trabajar en sábado está prohibido, niegan el prodigo. Otros inician lo que hoy se llamaría una encuesta. Van a los padres del ciego: *¿es éste vuestro hijo, de quien vosotros decís que nació ciego? Pues, ¿cómo ve ahora?.* El miedo a los poderosos induce a que los padres contesten con una proposición, que reúne todas las garantías del método científico: *sabemos que éste es hijo nuestro y que nació ciego; pero cómo ahora ve no lo sabemos, ni tampoco sabemos quién le ha abierto los ojos.* *Preguntádselo a él: ya es mayor y dará razón de sí.*

Los que realizan la encuesta no pueden creer, porque no quieren creer. *Llamaron otra vez al que había*

sido ciego y le dijeron: ... nosotros sabemos que ese hombre —Jesucristo — es un pecador.

Con pocas palabras, el relato de San Juan ejemplifica aquí un modelo de atentado tremendo contra el derecho básico, que por naturaleza a todos corresponde, de ser tratados con respeto.

El tema sigue siendo actual. No costaría trabajo alguno señalar, en esta época, casos de esa curiosidad agresiva que conduce a indagar morbosamente en la vida privada de los demás. Un mínimo sentido de la justicia exige que, incluso en la investigación de un presunto delito, se proceda con cautela y moderación, sin tomar por cierto lo que sólo es una posibilidad. Se comprende claramente hasta qué punto la curiosidad malsana por destripar lo que no sólo no es un delito, sino que

puede ser una acción honrosa, deba calificarse como perversión.

Frente a los negociadores de la sospecha, que dan la impresión de organizar una *trata de la intimidad*, es preciso defender la dignidad de cada persona, su derecho al silencio. En esta defensa suelen coincidir todos los hombres honrados, sean o no cristianos, porque se ventila un valor común: la legítima decisión a ser uno mismo, a no exhibirse, a conservar en justa y pudorosa reserva sus alegrías, sus penas y dolores de familia; y, sobre todo, a hacer el bien sin espectáculo, a ayudar por puro amor a los necesitados, sin obligación de publicar esas tareas en servicio de los demás y, mucho menos, de poner al descubierto la intimidad de su alma ante la mirada indiscreta y oblicua de gentes que nada alcanzan ni desean alcanzar de vida interior, si no es para mofarse impíamente.

Pero, ¡qué difícil resulta verse libres de esa agresividad o liscona! Los métodos, para no dejar al hombre tranquilo, se han multiplicado. Me refiero a los medios técnicos, y también a sistemas de argumentar aceptados, contra los que es difícil enfrentarse si se desea conservar la reputación. Así, se parte a veces de que todo el mundo actúa mal; por tanto, con esta errónea forma de discurrir, aparece inevitable el *meaculpismo*, la autocrítica. Si alguno no echa sobre sí una tonelada de cieno, deducen que, además de malo rematado, es hipócrita y arrogante.

En ocasiones, se procede de otro modo: el que habla o escribe, calumniando, está dispuesto a admitir que sois un individuo íntegro, pero que otros quizá no harán lo mismo, y pueden publicar que eres un ladrón: ¿cómo demuestras que no eres un ladrón? O bien: usted ha afirmado

incansablemente que su conducta es limpia, noble, recta. ¿Le molestaría considerarla de nuevo, para comprobar si —por el contrario— esa conducta suya es acaso sucia, innoble y torcida?

No son ejemplos imaginarios. Estoy persuadido de que cualquier persona, o cualquier institución un poco renombrada, podría aumentar la casuística. Se ha creado en algunos sectores la falsa mentalidad de que el público, el pueblo o como quieran llamarlo, tiene derecho a conocer e interpretar los pormenores más íntimos de la existencia de los demás.

Permitidme unas palabras sobre algo que está bien unido a mi alma. Desde hace más de treinta años, he dicho y escrito en mil formas diversas que el Opus Dei no busca ninguna finalidad temporal, política; que persigue sólo y exclusivamente difundir, entre multitudes de todas las razas, de

todas las condiciones sociales, de todos los países, el conocimiento y la práctica de la doctrina salvadora de Cristo: contribuir a que haya más amor de Dios en la tierra y, por tanto, más paz, más justicia entre los hombres, hijos de un solo Padre.

Muchos miles de personas —millones—, en todo el mundo, lo han entendido. Otros, más bien pocos, por los motivos que sean, parece que no. Si mi corazón está más cerca de los primeros, honro y amo también a los otros, porque en todos es respetable y estimable su dignidad, y todos están llamados a la gloria de hijos de Dios.

Pero nunca falta una minoría sectaria que, no entendiendo lo que yo y tantos amamos, querría que lo explicásemos de acuerdo con su mentalidad: exclusivamente política, ajena a lo sobrenatural, atenta únicamente al equilibrio de intereses

y de presiones de grupos. Si no reciben una explicación así, errónea y amañada a gusto de ellos, siguen pensando que hay mentira, ocultamiento, planes siniestros.

Dejad que os descubra que, ante esos casos, ni me entristezco ni me preocupo. Añadiría que me divierte, si se pudiera pasar por alto que cometan una ofensa al prójimo y un pecado, que clama delante de Dios. Soy aragonés y, hasta en lo humano de mi carácter, amo la sinceridad: siento una repulsión instintiva por todo lo que suponga tapujos. Siempre he procurado contestar con la verdad, sin prepotencia, sin orgullo, aunque los que calumniaban fuesen mal educados, arrogantes, hostiles, sin la más mínima señal de humanidad.

Me ha venido a la cabeza con frecuencia la respuesta del ciego de nacimiento a los fariseos, que

preguntaban por enésima vez cómo había sucedido el milagro: *os lo he dicho ya, y lo habéis oído. ¿Para qué queréis oírlo de nuevo? ¿Será que también vosotros queréis haceros discípulos suyos?*

Colirio en los ojos

El pecado de los fariseos no consistía en no ver en Cristo a Dios, sino en encerrarse voluntariamente en sí mismos; en no tolerar que Jesús, que es la luz, les abriera los ojos. Esta cerrazón tiene resultados inmediatos en la vida de relación con nuestros semejantes. El fariseo que, creyéndose luz, no deja que Dios le abra los ojos, es el mismo que tratará soberbia e injustamente al prójimo: *yo te doy gracias de que no soy como los otros hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano, reza.* Y al ciego de nacimiento, que persiste en contar la verdad de la cura milagrosa, le

ofenden: *saliste del vientre de tu madre envuelto en pecados, ¿y tú nos das lecciones? Y le arrojaron fuera.*

Entre los que no conocen a Cristo hay muchos hombres honrados que, por elemental miramiento, saben comportarse delicadamente: son sinceros, cordiales, educados. Si ellos y nosotros no nos oponemos a que Cristo cure la ceguera que todavía queda en nuestros ojos, si permitimos que el Señor nos aplique ese lodo que, en sus manos, se convierte en el colirio más eficaz, percibiremos las realidades terrenas y vislumbraremos las eternas con una luz nueva, con la luz de la fe: habremos adquirido una mirada limpia.

Esta es la vocación del cristiano: la plenitud de esa caridad que *es paciente, bienhechora, no tiene envidia, no actúa temerariamente, no se ensorbece, no es ambiciosa, no es*

interesada, no se irrita, no piensa mal, no se huelga de la injusticia, se complace en la verdad, a todo se acomoda, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

La caridad de Cristo no es sólo un buen sentimiento en relación al prójimo; no se para en el gusto por la filantropía. La caridad, infundida por Dios en el alma, transforma desde dentro la inteligencia y la voluntad: fundamenta sobrenaturalmente la amistad y la alegría de obrar el bien.

Contemplad la escena de la curación del cojo, que nos cuentan los Hechos de los Apóstoles. Subían Pedro y Juan al templo y, al pasar, encuentran a un hombre sentado a la puerta; era cojo desde su nacimiento. Todo recuerda aquella otra curación del ciego. Pero ahora los discípulos no piensan que la desgracia se deba a los pecados personales del enfermo o a las faltas de sus padres. Y le dicen: *en el*

nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y camina. Antes derramaban incomprendión, ahora misericordia; antes juzgaban temerariamente, ahora curan milagrosamente en el nombre del Señor. ¡Siempre Cristo, *que pasa!* Cristo, que sigue pasando por las calles y por las plazas del mundo, a través de sus discípulos, los cristianos: le pido fervorosamente que pase por el alma de alguno de los que me escuchan en estos momentos.

Respeto y caridad

Nos sorprendía al principio la actitud de los discípulos de Jesús ante el ciego de nacimiento. Se movían en la línea de ese refrán desgraciado: piensa mal, y acertarás. Después, cuando conocen más al Maestro, cuando se dan cuenta de lo que significa ser cristiano, sus opiniones están inspiradas en la comprensión.

En cualquier hombre —escribe Santo Tomás de Aquino— existe algún aspecto por el que los otros pueden considerarlo como superior, conforme a las palabras del Apóstol "llevados por la humildad, teneos unos a otros por superiores" (Philip. II, 3). Según esto, *todos los hombres deben honrarse mutuamente.* La humildad es la virtud que lleva a descubrir que las muestras de respeto por la persona —por su honor, por su buena fe, por su intimidad—, no son convencionalismos exteriores, sino las primeras manifestaciones de la caridad y de la justicia.

La caridad cristiana no se limita a socorrer al necesitado de bienes económicos; se dirige, antes que nada, a respetar y comprender a cada individuo en cuanto tal, en su intrínseca dignidad de hombre y de hijo del Creador. Por eso, los atentados a la persona —a su reputación, a su honor— denotan, en

quién los comete, que no profesa o que no practica algunas verdades de nuestra fe cristiana, y en cualquier caso la carencia de un auténtico amor de Dios. *La caridad por la que amamos a Dios y al prójimo es una misma virtud, porque la razón de amar al prójimo es precisamente Dios, y amamos a Dios cuando amamos al prójimo con caridad.*

Espero que seremos capaces de sacar consecuencias muy concretas de este rato de conversación, en la presencia del Señor. Principalmente el propósito de no juzgar a los demás, de no ofender ni siquiera con la duda, de ahogar el mal en abundancia de bien, sembrando a nuestro alrededor la convivencia leal, la justicia y la paz.

Y la decisión de no entristecernos nunca, si nuestra conducta recta es mal entendida por otros; si el bien que —con la ayuda continua del

Señor— procuramos realizar, es interpretado torcidamente, atribuyéndonos, a través de un ilícito proceso a las intenciones, designios de mal, conducta dolosa y simuladora. Perdonemos siempre, con la sonrisa en los labios.

Hablemos claramente, sin rencor, cuando pensemos en conciencia que debemos hablar. Y dejemos todo en las manos de Nuestro Padre Dios, con un divino silencio —*Iesus autem tacebat*, Jesús callaba—, si se trata de ataques personales, por brutales e indecorosos que sean.

Preocupémonos sólo de hacer buenas obras, que Él se encargará de que *brillen delante de los hombres*.